

INCONSCIENTES PREFREUDIANOS

ANGEL LUIS CAGIGAS BALCAZA

Universidad del País Vasco

RESUMEN

El inconsciente no es una idea que Freud alumbrase, esta idea ya era vieja entonces. En este texto intento desarrollar su genealogía, una historia del inconsciente que empiezo en Leibniz y termino llegando a la elaboración que plantea Freud, mostrando así las diferentes concepciones que los distintos autores mantienen del inconsciente y la síntesis que Freud llegará a establecer.

ABSTRACT

The unconscious is not Freud's original idea but an older one. The aim of this text is to develop its genealogy, the history of unconscious. I place its starting in Leibniz and I finish it with Freud further elaboration, showing the different notions about the unconscious claimed by different authors in the meanwhile, and the final synthesis established by Freud.

INCONSCIENTES PREFREUDIANOS

Desde la primera época del pensamiento occidental se ha hablado de algo que podríamos denominar inconsciente; Platón comenta que todo el conocimiento está ya en el alma del hombre ya que ésta guarda reminiscencias de su estancia en el mundo de las ideas que actualiza mediante una rememoración, San Agustín habla de recuerdos olvidados. Creo que estas nociones de inconsciente no están lo suficientemente sistematizadas, por lo cual empezaré mi trabajo con Leibniz, primer autor que en mi opinión propone un desarrollo bien trabado del inconsciente. Las concepciones de lo inconsciente provienen de dos enfoques, uno tiene que ver con posturas racionalistas y fisiologistas teniendo el asunto de la percepción como eje central, y el otro es de índole romántica principalmente. Estos dos enfoques llegarán a unirse y a trabarse de forma acabada en Freud, quien terminará sintetizando la concepción hoy generalizada de inconsciente. Pero empecemos por el principio...

Las ideas de Leibniz (1646-1716) que mayor relevancia tienen para este trabajo son las referentes al proceso de la percepción. Leibniz en el proceso de

la percepción distingue entre lo que él llama la *petite perception* y la percepción. Las primeras serían sucesos estímulares muy débiles para ser advertidos, por ejemplo el ruido de una gota de lluvia al caer. Las percepciones propiamente dichas son la suma de aquéllas, es decir el ruido de la lluvia, que sí podemos llegar a percibir, pueden llegar a ser conscientes pero en principio no lo son; las percepciones serían sólo unas ideas toscas y confusas, pero pueden refinarse y así convertirse en sensaciones mediante el proceso de apercepción, con lo que el sujeto llegará a percibir las de forma consciente. Este no es un proceso de simple agregación; en el paso de *petites perceptions* a percepciones hay una unión pero además un surgimiento de nuevas experiencias, y en el paso de percepciones a sensaciones está implicada la atención voluntaria. Basándose en este proceso Leibniz proclama que existen cambios en el alma de los que no somos conscientes. Afirma que existen diferentes grados de conciencia, y el proceso de la percepción es un proceso de clarificación, la *petite perception* de las mónadas es inconsciente, y en el otro extremo la apercepción es consciente. Leibniz también habla de unas ideas innatas, como son la idea de Dios y las ideas matemáticas. Estas ideas en el inicio de la vida de una persona están alojadas en un espacio mental inconsciente y no somos conscientes de ellas hasta que no las aprendemos. Para Leibniz este proceso de aprendizaje es análogo al aprendizaje en Platón, plantea que no aprendemos nada cuya esencia no tengamos ya en nuestra mente, así no se trata de un aprendizaje tal como lo entendemos hoy sino más bien de una rememoración.

Casi un siglo después Kant (1724-1808), en su *Antropología*, aborda la cuestión de las ideas que tenemos sin ser conscientes de ellas. Al examinar nuestra conciencia ve que de todas nuestras percepciones sólo unas pocas son claras y distintas, la mayoría son bastante borrosas; nuestra mente es un inmenso mapa en el que sólo unos cuantos lugares están claramente perfilados. Las ideas borrosas son aquellas de las que no somos conscientes, perfilándose así la idea de un inconsciente kantiano. Afirma además que estas ideas borrosas son capaces de influir sutilmente en nosotros, adelantando la idea freudiana de una determinación inconsciente de nuestra conducta. En esta línea Kant propone a los escritores que oscurezcan la trama de sus obras para que el lector al aclararla se sienta astuto; insta a los escritores a no acabar del todo sus obras, a plasmar las escenas de una forma confusa, lo cual llevaría al lector a buscar las claves de comprensión de la obra, este trabajo es enteramente personal y enraiza con las motivaciones inconscientes del lector fomentando su creatividad. Esta concepción del inconsciente se acerca a la romántica, ya que lo propone como motor de nuestra conducta, aunque Kant no profundiza en este asunto y su inconsciente acaba asemejándose más a la visión que Wundt tiene de la conciencia como un terreno con áreas claras y otras que no lo son tanto.

En una posición en algunos aspectos contraria a la de Kant encontramos a Maine de Biran (1766-1824), que empieza como materialista, adoptando un enfoque fisiológico, pero luego se va acercando a posiciones católicas acabando por sustentar su teoría en el la idea de un alma inmortal. Tiene una influencia directa en Freud, ya que éste estudia sus escritos durante su estancia beca-da en París para trabajar con Charcot y conoce su opinión de que muchos de los influjos importantes de la vida mental son sólo marginalmente conscientes en el mejor de los casos, y sólo una reflexión cuidadosa puede sacarlos a la luz.

Por la misma época Herbart (1766-1841) habla de un estado de realidad y un estado de tendencia. Ciertas ideas sólo existen como tendencias, y deben tener cierta intensidad para pasar al estado de realidad. Desarrolla la noción de umbral o limen de conciencia, una idea tiene que tener un monto determinado de intensidad, claridad, para ser consciente. Las ideas luchan para auto-preservarse, para vivir en la conciencia, para ser visibles. Herbart piensa que la composición de la conciencia es resultado de la interacción mecánica de muchas ideas; de entre todas las que están por debajo del umbral de conciencia sólo las que encajen con la unidad de la conciencia encontrarán tan poca resistencia como para acceder a ella. Las ideas conscientes escogen entre las ideas inconscientes a aquellas que son consonantes con ellas mismas. Pero la selección no es libre, tiene que ver con la apercepción tal como la entendía Herbart: ninguna idea logra acceder a la conciencia más que para ocupar su lugar en el todo unitario de las ideas que ya son conscientes. La apercepción no es sólo hacer consciente una idea sino además asimilarla con la totalidad de las ideas conscientes, en esto es opuesto a Leibniz porque este creía en una total independencia entre las mónadas y Herbart hace que sus ideas interaccionen mecánicamente. La mente de Herbart es un continuo bullir, una lucha por el espacio que me recuerda al cuadro que describe Dawkins sobre los memes; los memes serían las ideas, las cuales pugnan por el sitio en nuestros cerebros, en los libros, la radio, en el mundo, para perpetuarse, luchan por el espacio, que en suma es la expresión. Herbart describe la mente como un conjunto de ideas elementales de intensidad variable; algunas son lo suficientemente fuertes para cruzar el umbral de la conciencia y otras no, estas permanecen en el inconsciente. Podemos considerar a Herbart precursor de Freud cuando considera que ninguna idea queda destruida, todas luchan entre sí para acceder a la conciencia, en esta lucha las ideas discordantes se repelen y las asociadas se dan fuerza unas a otras, logrando ganar la lucha, llevándose unas a otras a la conciencia o al inconsciente.

Fechner (1801-1887), remontándose a Leibniz y a Herbart, admite la existencia de diversos niveles de conciencia y habla de sensaciones inconscientes o negativas, que no traspasan el umbral de la conciencia. Fechner relaciona esto con un umbral de la atención, las sensaciones que no superan este umbral, que en su ecuación tenían un valor negativo, no serían conscientes; así intenta matematizar el inconsciente por medio de sus métodos de medición psicofísicos. Estas ideas las desarrolla a través de su fórmula psicofísica, uno de los tres principios universales que enunció, los otros son el principio del placer y el principio de la tendencia a la estabilidad. Freud retomará estas ideas: la energía mental, el concepto topográfico de la mente, y los principios del placer-displacer, de la constancia y la repetición. Según Fechner en el ser humano hay una evolución ontogenética que se desarrolla desde antes del nacimiento hasta más allá de la muerte, y que gira alrededor de los estados de sueño y de vigilia. En nuestra vida antes del nacimiento domina el sueño, sinónimo de lo inconsciente, al nacer pasamos a otro nivel en el que se alternan los estados de sueño con los de vigilia, y después de la muerte Fechner concluye que debemos pasar a un estado de máxima conciencia y conocimiento en el que impere el estado de vigilia.

Entre los autores de mayor raigambre fisiológica tenemos a Helmholtz (1821-1894), quien infiere la existencia del inconsciente apoyándose en la teo-

ría de Berkeley de la percepción visual del espacio y en otras ideas del empirismo inglés. Plantea que si la percepción visual de la distancia no es una intuición innata, entonces es preciso que la hayamos aprendido; pero no tenemos conciencia de hacer tales cálculos, de lo cual se desprende que estos cálculos deben ser inconscientes y aprendidos inconscientemente tal como sucedería con la adquisición de la estructura del lenguaje, las operaciones mentales son de por sí inconscientes mientras que los contenidos son conscientes. Los románticos consideran lo consciente, los actos conscientes de la voluntad, como el instrumento ilustrado del arte y la filosofía; exaltan la importancia del inconsciente, lo irracional y lo individual. El romántico aspira a penetrar en los secretos del «fundamento» de la naturaleza, que es también el fundamento de su propia alma, para ello se sirven del intelecto, pero también de lo que llaman *Gemüt*, la cualidad más íntima de la vida emocional, de ahí el interés romántico por todas las manifestaciones del inconsciente: sueños, genio, enfermedad mental, poderes ocultos, cuentos, folklore... Estudian este lado oscuro de la Naturaleza, que en su opinión contiene también los símbolos universales, siendo así una anticipación del inconsciente colectivo, y también la semilla de todo lo que va a ser, la fuerza motriz del universo, anticipación del *ello* de Groddeck. Estos escritores ven en los sueños el lenguaje de lo inconsciente y hay que descifrarlos para así descubrir los secretos de la naturaleza a la cual el inconsciente, lo animal, nos liga. Para los románticos la palabra inconsciente no representa los recuerdos olvidados de San Agustín, ni las *petites perceptions* de Leibniz sino que es el verdadero fundamento del ser humano, enraizado en la vida invisible del universo y del ser, es el nexo de unión del hombre con la naturaleza. Unido a este concepto de inconsciente está el de «sentido interno» o «universal», un sentido que el hombre primigenio poseía y que le permitía conocer la naturaleza, nosotros aún lo poseemos en un pequeño grado y es el que nos permite, en algunas ocasiones, obtener un conocimiento directo de la naturaleza a través de los sueños, los mitos, el éxtasis místico o la inspiración artística.

Schopenhauer (1788-1860), que postula la importancia de la voluntad como rectora de la vida humana, dice en su *Parerga* que en el corazón de cada hombre mora una bestia salvaje, adelantándose así al concepto del *ello* freudiano o mejor dicho groddeckiano; el entendimiento trata de controlar a la voluntad pero es ésta la que controla nuestra acción. Kant distinguía entre el mundo de los fenómenos y el de las cosas en sí mismas, inaccesible a nuestro conocimiento, Schopenhauer denomina a los fenómenos representaciones y a la cosa en sí voluntad, equiparando la voluntad al inconsciente de los románticos. La voluntad tiene el carácter dinámico de las fuerzas ciegas, irracionales, que dirigen al hombre y reinan en todo el universo; para él, el hombre sería un ser irracional guiado por fuerzas internas de las que apenas es consciente. Estas fuerzas irracionales serían dos: la sexual y la de conservación, anticipación de la primera teoría pulsional de los instintos freudiana. En cuanto a la división de la segunda tópica freudiana: *ello* y *yo*, sería análoga a la diferenciación schopenhaueriana voluntad e intelecto, la voluntad es la base del individuo, su fuerza, la fuente de todos sus actos, y el intelecto una instancia que la voluntad crea para mejor sobrevivir. En todo esto Freud coincide con Schopenhauer, en su concepción irracional del hombre, la identificación del impulso vital general como instinto sexual y su pesimismo antropológico.

El romanticismo culminará en la obra de Hartmann (1842-1906), quien aunque no aporta nada nuevo se encarga de sistematizar toda la filosofía romántica en lo tocante al tema del inconsciente. Describe tres estratos en el inconsciente: el inconsciente absoluto, que constituye la sustancia del universo y es la fuente de las demás formas de inconsciente; el inconsciente fisiológico, que opera en el origen, desarrollo y evolución de los seres vivientes; y el inconsciente relativo o psicológico, que yace en el origen de nuestra vida mental consciente. También menciona numerosos datos con respecto a la asociación de ideas, la percepción, o el papel inconsciente del lenguaje, la religión, la historia y la vida social. La teoría romántica del inconsciente influirá mucho más en Jung que en Freud. Jung habla de un poder, una fuerza que liga al hombre a la naturaleza, un principio universal, primigenio, desexualizado, haciendo un gran hincapié en sus investigaciones en todo lo que tenga que ver con los cuentos, el folklore, la religión; mientras que el inconsciente de Freud proviene de Schopenhauer y Nietzsche, es una voluntad, un *ello*, de naturaleza primordialmente sexual que conforma nuestra vida.

Nietzsche (1844-1900) piensa que la conciencia es apariencia superficial y resume la dinámica del inconsciente con un aforismo: «Yo he hecho eso», dice mi memoria. «Yo no puedo haber hecho tal cosa» dice mi orgullo y permanece inflexible. Al final, la memoria cede¹. El olvido no es una inercia, sino resultado de una inhibición, tiene que ver con factores de tipo inconsciente que determinan nuestra conducta. El propósito de Nietzsche es revelar hasta qué punto el hombre es un ser autoengañador y que está engañando constantemente a sus iguales, el hombre se miente a sí mismo más incluso que a los demás, por ello el psicólogo debe extraer conclusiones no sobre lo que dice el individuo sino sobre lo que realmente significa. El inconsciente es la parte esencial de la persona y la conciencia una especie de fórmula cifrada del inconsciente. Nietzsche concibe el inconsciente como una zona de pensamientos, sentimientos, emociones e instintos confusos, además de como un lugar de representación de estados pasados del individuo y de la especie. Este inconsciente, este *ello* como él lo llamaba, es quien domina al individuo, como leemos en otro de sus aforismos: *A nuestro instinto más fuerte, al tirano que hay dentro de nosotros, sométese no sólo nuestra razón, sino también nuestra conciencia*². La influencia de Nietzsche sobre Freud es clara, aunque éste habla de que evitó leer sus escritos hubo una influencia indirecta a través de Lou Andreas Salome, Fliess y Groddeck, además en los años del cambio de siglo Nietzsche era citado, comentado, revisado y discutido en cualquier círculo o revista; su influencia estaba en el ambiente, más allá de sus obras. Tanto Nietzsche como Freud ven en las palabras y los hechos manifestaciones de motivaciones inconscientes, principalmente de los instintos. Para ambos el inconsciente es el dominio de los instintos que encuentran su salida principal en las pasiones, los sueños y la enfermedad; este es el *ello* nietzscheano.

En Myers (1843-1901), encontramos a uno de los primeros psicólogos que plantean clínicamente la noción de inconsciente actual, aunque sus ideas son un tanto ingenuas. Fue un estudioso de la psicología patológica, investigando desde

¹ Nietzsche, 1972, p. 92.

² Idem. p. 108.

el sueño y la histeria hasta los mensajes de los espíritus de difuntos. Myers piensa que los síntomas histéricos expresan ideas inconscientes que el paciente no quiere admitir en su conciencia. Denomina a este inconsciente *yo subliminal*, pero le dota de un carácter optimista, romántico, platónico, no es una especie de afrenta hacia el ser humano como el inconsciente freudiano. En sus manos el *yo subliminal* se convierte en algo irracional pero que nos permite investigar al ponernos en contacto con el mundo espiritual. Mediante el *yo subliminal* Myers cree demostrar, como decía Fechner, que alma y materia son separables y que el individuo no acaba con la muerte de su materia sino que prosigue su evolución es un nivel espiritual, cósmico, donde cada alma, en una perspectiva platónica, se perfecciona ilimitadamente actualizando potencialidades que antes estaban estancadas por culpa de la materia. En cierto modo, sería un inconsciente anticipador del de Janet aunque sin sus rasgos patológicos y anclado en el romanticismo, con toda su carga creativa y motriz, sería por decirlo así y valga la redundancia el inconsciente de un Freud alegre.

Janet (1859-1947) realiza una de las primeras síntesis de la visión racional-fisiologista y la visión romántica del inconsciente, aunque priorizando el lado racional-fisiologista. Plantea que existe una fuerza psíquica³ congénita que nos dará la capacidad de realizar actos psíquicos. Si poseemos poca fuerza psíquica nuestra mente no podrá realizar todo el trabajo mental y se verá obligada a disociarse, creando una zona a la que el individuo no podrá acceder donde se almacenan los datos que no son procesados conscientemente, esta zona es el inconsciente. El síntoma más profundo, el estigma, de la falta de fuerza psíquica es el estrechamiento de la conciencia; la persona con poca fuerza psíquica no aprehenderá el mundo en su totalidad, sólo será consciente de una parte, pasando el resto al inconsciente. En ocasiones el sujeto se enfrentará a situaciones problemáticas, al no poseer la suficiente fuerza psíquica no las podrá encarar y pasarán al inconsciente conformando lo que Janet llama ideas fijas, que se expresarán en síntomas. Incluye en su noción de inconsciente aquello que no podemos percibir, pero también habla de una fuerza psíquica, constitucional, y su falta creará el inconsciente. Janet, muy imbuido en el modelo médico patologiza totalmente el inconsciente, tener inconsciente es sinónimo de no poseer la suficiente fuerza para enfrentarnos al mundo, de no estar completamente sano, en su teoría el inconsciente no es una fuerza motriz o una fuerza creativa, sino una rémora patológica.

Freud (1856-1939), con su teoría del inconsciente intenta desenmascarar a lo consciente como mero títere de unos impulsos primarios repulsivos que no se atreve a reconocer. El inconsciente incluye antiguos deseos y pensamientos correspondientes al pasado personal o de la especie, ideas demasiado terribles para ser admitidas en la conciencia; estas ideas hallarán expresión en los síntomas, en los sueños, o en los *lapsus*, lo reprimido en el inconsciente es de naturaleza primordialmente sexual. Pero el inconsciente de Freud tiene varias vertientes, una descriptiva, que concuerda con la de los psicólogos de la conciencia, no siempre somos conscientes de las causas y de los mecanismos que regulan nuestra conducta; y otra topográfica, el inconsciente es el espacio mental donde

³ Janet completará su teoría de la fuerza psíquica con la noción de tensión psíquica, de la que aquí no vamos a hablar.

paran las ideas y deseos cuando no se hallan presentes en la conciencia. Este enfoque tendrá que ver con el de los autores racionalistas y el de los provenientes de la fisiología; tiene que ver con la percepción, hay cosas de las que no podemos tener conciencia, bien sea por su debilidad estimular, bien por nuestra falta de voluntad en ser conscientes de ellas. Pero a este enfoque Freud añadirá otro que tiene que ver con la represión, una censura activa, habla de un preconsciente, parte del inconsciente; las ideas que pasan la censura no pasan directamente a la conciencia, sino que son susceptibles de pasar a ella, mientras residirán en el preconsciente. La causa de que las ideas no crucen este umbral no reside en la voluntad leibniziana sino en la voluntad schopenhaueriana, en la represión, el oponerse activamente a que un contenido entre en la conciencia; pero estas ideas o deseos no mueren en el inconsciente, están vivos y buscan su salida en la sublimación, los sueños o los síntomas. Aquí el esquema de Freud es muy similar al de Nietzsche, la conciencia es una superficie de apariencia situada sobre un territorio vasto e ignoto que sólo se advierte si acaso vagamente. Todo suceso mental comienza en el inconsciente, allí hay una prueba de censura donde se comprueba si ese contenido es admisible en la conciencia, las ideas que pasen la prueba podrán hacerse consciente. A estos usos del término inconsciente viene a sumarse el sistemático, el inconsciente tiene su propio hacer, sus reglas, se halla exento de lógica, es arracional. A partir de este modelo sistemático, elaborará su modelo estructural de la mente, compuesto por el ello, el yo y el superyo; el ello es innato, irracional, tendente a la satisfacción, es decir, la antigua concepción del inconsciente. Así Freud incorpora elementos de la corriente romántica, el ello sería la base biológica de la mente, fuente de todos los motivos, motor de la conducta, permanece oculto y mueve los hilos de nuestra existencia. A partir de aquí, esta concepción sistemática del inconsciente se convierte en el eje de su teoría y la dicotomía consciente-inconsciente se hace más compleja al entrelazar el sistema consciente-preconsciente-inconsciente y además pierde importancia en su obra ya que todo pasa a estar controlado por el ello, el lado inconsciente, y el consciente es un simple decorado, una parte insignificante en el teatro mental.

BIBLIOGRAFÍA

- Boring, E. *Historia de la psicología experimental*. Trillas, México, 1983.
- Dawkins, R. *El gen egoísta*. Salvat, Barcelona, 1988.
- Ellemerger, H.F. *El descubrimiento del inconsciente*. Gredos, Madrid, 1976.
- Freud, S. *Obras completas*. Orbis, Barcelona, 1988.
- Janet, P. *L'Automatisme psychologique*. Alcan. Paris, 1889.
- Kant, I. *Anthropologie du point de vue pragmatique*. Vrin, Paris, 1979.
- Leahy, Th. H. *Historia de la psicología*. Debate, Madrid, 1994.
- Leibniz, G.W. *Escritos filosóficos*. Charcas, Buenos Aires, 1982.
- Nietzsche, F. *Más allá del bien y del mal*. Alianza, Madrid, 1972. *Humano, demasiado humano*. Edaf, Madrid, 1980.
- Schopenhauer, A. *El mundo como voluntad y representación*. Orbis, Barcelona, 1985. *Parerga und Paralipomena*. Diogenes, Zürich, 1981.